

La Sociedad Química de México, A. C. Crónica y comentarios sobre su fundación

María del Consuelo Hidalgo y Mondragón

A Rafael Illescas Frisbie y a quienes, como él, soñaron en un México mejor, gracias al trabajo de sus químicos.

Resumen. Esta contribución proporciona una reseña general de los eventos relacionados con la fundación de la Sociedad Química de México en 1956. También se describen las actividades del grupo de químicos mexicanos que asistieron al 6° Congreso Latinoamericano de Química realizado en Caracas, Venezuela, en 1955. Este grupo, encabezado por Rafael Illescas Frisbie, también participó en la organización del 7° Congreso Latinoamericano de Química, realizado en la Ciudad de México en 1959. Se incluyen algunas reflexiones y comentarios personales de las tareas de la Sociedad Química de México.

Palabras clave: Fundación, Sociedad Química de México, reseña, Rafael Illescas, Congresos Latinoamericanos de Química.

Abstract. This contribution gives an overview account of the events related with the foundation of the Mexican Chemical Society in 1956. It also describes the activities of the group of Mexican chemists that attended to the 6th Latin American Congress which was held in Caracas, Venezuela, in 1955. This group, headed by Rafael Illescas Frisbie, also participated in the organization of the 7th Latin American Chemical Congress, held in Mexico City in 1959. Some personal reflections of the tasks of the Mexican Chemical Society are included.

Key words: Foundation, Mexican Chemical Society, account, Rafael Illescas, Latin American Chemical Congresses.

Consideraciones Históricas

¿Cómo fue que cristalizó un sueño largamente anhelado, pero que no se realizaba? Se hacían muchos planes pero no se llevaban a la ejecución. ¿Cuántos esfuerzos para lograr la fundación de la Sociedad Química de México, A.C. que ya cumple cincuenta años!

Era el principio de la cuarta década del siglo XX. El mundo estaba convulsionado por la Segunda Guerra Mundial que tenía lugar en Europa y en Asia, pero cuyos efectos repercutían en todo el mundo. En nuestra patria no padecíamos los horrores de esa conflagración, por el contrario, el efecto de esa tragedia fue enriquecer la vida cultural de nuestro país que se hizo más rica e intensa, pues al no poder actuar en escenarios europeos, las orquestas sinfónicas, numerosos grupos de cámara y ciertos cantantes reconocidos, vinieron a América con el beneplácito de quienes disfrutábamos la llamada “buena música”.

Es interesante contrastar cómo se comportaba la sociedad mexicana de esa época con la forma en que ahora lo hace. Los jóvenes, ni de casualidad hubiéramos ido a ninguna parte vestidos de mezclilla y con chamarra; no, a la universidad asistíamos con vestimenta formal: los varones de saco y de corbata, y en los eventos sociales las mujeres usábamos guantes y sombrero. En la escuela no era común tutear a los compañeros, con solemnidad se dirigían a nosotras como señorita y nosotros les hablábamos también de usted y nos dirigíamos a ellos por su apellido.

En esos años estaba estrenando mi título profesional e iniciaba el trabajo en mi despacho de asesoría técnica a la

industria farmacéutica y en la docencia; también emprendía en el Instituto de Química de la UNAM los estudios para el doctorado en Química, primero bajo la supervisión del doctor D. Antonio Madinaveitia, y después de la doctora Montaigne de Madinaveitia. Por aquellos años en diversos estados de la república empezaban a abrirse universidades y centros de educación superior, y aquí, en el Distrito Federal se habían establecido tres universidades privadas: la Universidad Femenina de México, la Universidad Motolinía y la que más tarde sería la Universidad Iberoamericana, que entonces tenía varias escuelas universitarias, entre ellas la de Filosofía y la de Química con el nombre de Berzelius (fundada en 1945), para honrar a este gran científico que tanto contribuyó al desarrollo de la Química. La Universidad Nacional Autónoma de México se convertía en la universidad que proveía de maestros a las distintas instituciones educativas en el país.

La Universidad Femenina de México fue fundada por doña Adela Formoso de Obregón Santacilia, una de las personas más extraordinarias y de mayor valía que pude conocer; una gran mujer, inquieta, inteligente, muy femenina, no feminista, sensible a los problemas del país y decidida a trabajar para resolverlos. Percibió que muchas mujeres mexicanas no estudiaban alguna carrera profesional, a pesar de tener vocación y deseo de hacerlo, a causa de los prejuicios sociales de su familia, en especial del jefe de la familia que no podía permitir que una joven asistiera a la Universidad Nacional y fuera compañera de estudios de varones; la mejor solución era fundar una universidad a la que sólo asistieran mujeres y así surgió la Universidad Femenina de México en la entonces Ave. Madereros, en San Miguel Chapultepec, frente a uno de los accesos al Bosque.

Doña Adela tenía valiosas relaciones sociales, lo que le permitió invitar a los mejores maestros universitarios para que atendieran las diversas cátedras de la Universidad Femenina, que en su Consejo Universitario tuvo a personalidades como don Antonio Caso, uno de los filósofos de mayor prestigio

Nota Editorial. La QFB María del Consuelo Hidalgo y Mondragón fue una gran promotora de la integración de la Sociedad Química de México y junto con Rafael Illescas Frisbie (1898-1967), uno de los fundadores de la asociación en 1956.

en todo el mundo, de don Alfonso Caso, que tanto trabajó en arqueología y quien fue el primero en estudiar las maravillosas ruinas de Monte Albán, de don José Gaos, prestigiado filósofo que llegó a México entre los transterrados españoles. Para formar el cuerpo docente de la naciente universidad no contrató profesores por recomendación de amigos y conocidos, sino que pidió a los maestros de mayor prestigio y a algunos directores de las diversas Escuelas y Facultades de la Universidad Nacional para que invitaran a los egresados más brillantes de esas carreras para que fueran a dar clases en la nueva universidad.

Yo no pensaba dedicarme a la docencia. Mi trabajo profesional se encaminaba con otro rumbo, pero de improvisto llegó a mi casa el doctor don Fernando Orozco, director de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas para invitarme a que me encargara de las cátedras de Física y Química en el Bachillerato de la Universidad Femenina. Al día siguiente, fue la señora Obregón para hacerme la invitación formal, invitación que acepté y así fue como encontré mi verdadera vocación, la docencia, labor a la que me dediqué y en la que encontré grandes satisfacciones.

Dos años después de inaugurada la Universidad Femenina se me encargó la fundación de la Escuela de Química de esa Universidad, de la cual fui directora durante quince años. Para encargarse de las distintas asignaturas invité a los mejores de mis maestros quienes participaron conmigo en esa emocionante aventura de fundar una Escuela de Estudios Profesionales en una universidad privada, y además sólo para mujeres, algo que en ese momento se consideraba insólito. Así, la Escuela de Química de la Universidad Femenina contó con la colaboración de don Francisco Paz, quien era maestro de Inmunología; don Ricardo Caturegli Fontes, que lo era de Análisis Bromatológicos; don Fernando Orozco Díaz, para dar clase de Análisis Químico Cuantitativo; doña Ester Luque, que tenía a su cargo la cátedra de Botánica y Drogas Vegetales; don Roberto Velasco, que era el maestro de Anatomía, de Histología y de Fisiología. Todos ellos tenían a su cargo esas mismas cátedras en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, además tuve la colaboración de compañeros y amigos que ya destacaban en su especialidad profesional.

Los grupos de alumnas eran reducidos, de modo que quienes estudiaron en esta escuela contaron con una atención casi personalizada y obtuvimos egresadas que dada su buena preparación profesional, se integraron al profesorado de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la misma Universidad Femenina y en otras instituciones, cito algunas de las egresadas: Pilar Rius de la Pola, que fue una de las mejores maestras de Físicoquímica en la Facultad de Química de la UNAM y fue quien me sustituyó en la dirección de la Escuela de Química de la UFM, y además fue una de las mejores colaboradoras del Consejo Nacional para la Enseñanza de la Química; Ana Elizabeth Domínguez, hasta hoy maestra de Investigación Bibliográfica en la Facultad de Química de la UNAM; Berta Palomo, Madeleine Rius de la Pola, y otras más. Se puede asegurar que muchas de las mujeres mexica-

nas que han destacado por su buena formación profesional en distintos campos: Derecho, Relaciones Internacionales, Periodismo, Química, Física, Biología fueron alumnas de la Universidad Femenina de México que, como hemos dicho, existió gracias a la visión, el altruismo y la decisión de doña Adela Formoso de Obregón Santacilia, quien además realizó otra labor humanitaria muy meritoria: fundar, con el doctor Sánchez Bulnes, la Asociación para Evitar la Ceguera, que ha ayudado a muchos mexicanos a conservar el don de la vista.

El mismo año que se fundó la Universidad Femenina, el Colegio Motolinía se transformó en la Universidad Motolinía, con varias carreras profesionales, entre ellas la de Química, de la cual fui la directora varios años más tarde. Esta institución fue fundada por otra gran mujer, doña Dolores Echeverría Esparza, que muy joven fundó un Jardín de Niños, que poco después se amplió a la Educación Primaria, a la Secundaria, al Bachillerato; en 1935 quiso transformarla en Universidad, y se nombró un Decano, un Consejo Universitario, pero no se pudo lograr el reconocimiento de los estudios a causa del jacobinismo imperante en la etapa cardenista y se tuvo que esperar a otro momento más propicio, el año de 1943. De esta universidad también han egresado mujeres de gran valía, quienes con las que se formaron en la Universidad Femenina, pudieron obtener becas para perfeccionar su preparación en el extranjero, incorporarse a institutos de investigación, dedicarse a la docencia en otros países, poniendo muy en alto el nombre de nuestra patria. Podemos citar a dos egresadas de esta universidad, por ejemplo: la doctora Cristina Pérez Amador, quien trabajó varios años en el Instituto de Química y quien ahora trabaja en la Facultad de Ciencias de la UNAM, y Aurora del Valle Arizpe, quien es maestra en una prestigiada universidad norteamericana. Y ese mismo año, los jesuitas fundaron Escuelas de Estudios Superiores, en Filosofía y en Química, que se reunieron en lo que hoy es la Universidad Iberoamericana.

Así, la Universidad Nacional Autónoma de México, que era la única universidad en nuestra capital, compartió ese carácter con tres universidades privadas, las tres de elevado nivel académico. Fue como si se hubiera destruido una valla que impedía la creación de instituciones, y pronto se fundaron universidades oficiales y privadas en las ciudades de los distintos estados de la República. Ahora ya existe un número elevado de instituciones de educación superior, aunque no todas ellas del nivel académico que se les debe exigir, hay incluso algunas que no merecen el nombre de universidades. Vale la pena hacer una llamada de atención para que todos cuidemos la calidad de nuestras instituciones y no creamos que lo importante es la cantidad de ellas.

Existía además el Instituto Politécnico Nacional, primero en el Casco de Santo Tomás y luego en Zacatenco, que integraba varias escuelas de distintas carreras, algunas de nivel no solo técnico, sino universitario. De este Instituto han egresado muchos científicos que han destacado en nuestro país y en el extranjero.

En las ocasiones en que nos reuníamos profesionales de las distintas ramas de la Química, desde los años cuarentas,

un tema que con frecuencia abordábamos era la necesidad y conveniencia de tener una sociedad que agrupara a todos los profesionales químicos, de todas las ramas, y de todas las instituciones.

Los Primeros Encuentros

Cuando estudiaba la carrera profesional en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas conocí a Rafael Illescas Frisbie (1898-1969), aunque no fue mi maestro, pero a quien todos conocíamos. Era un hombre con una gran personalidad cuya presencia se hacía notar. Rafael Illescas Frisbie fue de los primeros alumnos de la entonces recién fundada Escuela de Ciencias Químicas. Estudió la carrera de Químico Técnico que después sería la de Ingeniería Química. Muchos de sus contemporáneos fueron becados para ir a estudiar a universidades europeas; Rafael no pudo disfrutar de ese privilegio por haber tenido que atender asuntos familiares que lo retuvieron en México, y me daba la impresión que siempre estaba tratando de demostrar que aunque él no fue a Europa estaba tan bien o mejor preparado que sus compañeros que ostentaban sus doctorados europeos. Y lo demostró. Tenía una personalidad y una categoría impresionantes.

En 1941, el maestro Illescas organizó la Primera Convención Nacional de Químicos, que se llevó a cabo en el Palacio de Minería con mucho éxito, con la asistencia de numerosos profesionales de las distintas ramas de la Química: Químico Farmacéuticos, Químico Farmacéutico Biólogos, Químicos Industriales, Ingenieros Químicos, Químicos Metalúrgicos, etc., pero no tuvo el resultado que posiblemente se buscaba: el fundar una sociedad química. El mismo maestro Illescas organizó en 1943 la Segunda Convención Nacional de Química que también fue muy exitosa, pero tampoco dio el resultado buscado. En esos años, en "Control Químico", el laboratorio particular de Rafael Illescas, cada semana se reunía un grupo de egresados de la Escuela de Química, que trabajaban con él y quienes habían establecido una buena amistad. Entre ellos recuerdo a Manuel Madrazo Garamendi y a Isabel Escobar, que en cada reunión hablaban de la fundación de esa sociedad, pero no llegaban a concretarla.

Un hecho por demás curioso fue que hubo alguien, nunca supimos quién, que publicó en la prensa un pequeño desplegado convocando a los que se interesaban en fundar una sociedad química a una reunión que tendría lugar en el Aula Leopoldo Río de la Loza de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas y se señalaba fecha y hora. Es interesante recalcar que esa invitación fue atendida por cientos de profesionales de la Química que llenamos esa aula, pero quien hizo la invitación, posiblemente se aterrorizó de la numerosa concurrencia y no hizo acto de presencia, y aunque quisimos contratar a Sherlock Holmes, a Henry Poirot y al mago Fumanchú que también era detective para que lo identificaran, nunca pudimos conocer la identidad de quien nos hizo esa invitación para agradecerle la intención y pedirle que la llevara a feliz término.

Parecía que nunca sería fundada la anhelada agrupación de los químicos.

El Congreso de Venezuela

Llegó el año de 1955 y en Caracas, Venezuela, se iba a celebrar en el mes de mayo un Congreso Latinoamericano de Química. El Presidente de Venezuela era Marcos Pérez Jiménez, uno de tantos dictadores que como Trujillo en la República Dominicana, Somoza en Nicaragua, entonces se adueñaban del poder en los países de América Latina, quien había tenido un comportamiento muy duro, muy represivo para la clase trabajadora y varios de los líderes obreros habían sido metidos a la cárcel y sometidos a procesos penales.

Ese año de 1955 se celebraba en Caracas una reunión de la OIT (Organización Internacional del Trabajo) y en la sesión solemne de inauguración de ésta el presidente de la Organización reclamó al gobierno venezolano por tener presos a quienes defendían los derechos de los trabajadores; en este discurso dio nombres, fechas y datos de gran precisión referentes a los procesos y a las sentencias que en algunos casos se habían dictado. La reacción gubernamental no se hizo esperar, fue inmediata, interrumpieron la alocución y sacaron del auditorio al orador, lo llevaron al aeropuerto para que saliera expulsado del país; el Congreso de la OIT quedaba suspendido. Algunos funcionarios de la Organización del Trabajo visitaron al presidente Pérez Jiménez para pedirle que permitiera que el evento continuara. El presidente venezolano puso como condición para esa autorización que el orador regresara y se disculpara con las autoridades venezolanas y dijera que los datos que había presentado eran inexactos. Como esto no era posible aceptarlo, no hubo ningún arreglo y la reunión de los trabajadores se dio por terminada. Este hecho fue muy lesivo para la imagen internacional del gobierno venezolano y de su presidente y era urgente hacer algo para mejorar esa imagen pública.

El Presidente Pérez Jiménez preguntó cuál era la reunión internacional más próxima que debería tener lugar en Venezuela y quién era quién la organizaba. Se le informó que en mayo sería el Congreso Latinoamericano de Química y que el presidente del Comité Organizador era el doctor José Lorenzo Prado. De inmediato lo hizo venir al despacho presidencial y le preguntó:

—¿Cuánto necesita usted para organizar un magnífico congreso?

El doctor Prado hizo un cálculo rápido y citó una cifra elevada.

El presidente Pérez Jiménez le entregó enseguida un cheque por el doble de la cantidad citada, recomendándole que el congreso tuviera la mayor resonancia internacional.

Esto me lo platicó el mismo doctor José Lorenzo Prado cuando al ir a Venezuela se estableció una cordial amistad con él y con Marucha, su esposa. Fueron amigos muy estimados.

Rafael Illescas era entonces director de la Escuela Nacional de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, yo lo era de la Escuela de Química de

la Universidad Femenina de México, que para entonces ya tenía diez años de fundada y contaba con numerosas egresadas, ya se había ganado un sólido prestigio; ambos recibimos una cordial invitación para que asistiéramos al Congreso que se celebraría en Caracas, Venezuela.

Formamos un grupo de seis mexicanos que decidimos ir a ese Congreso: Ana María García Larrañaga, quien trabajaba en un reconocido laboratorio particular, dedicada al análisis químico, especialmente para la industria farmacéutica, María del T. Velasco de Zapata, quien laboraba en Control de Medicamentos en la Secretaría de Salubridad, Francisco Guerrero Arcocha, quien se dedicaba más al tenis que a la Química (fue presidente de la Federación Mexicana de este deporte), Ricardo Delgado, que trabajaba en una empresa transnacional refresquera, Rafael Illescas Frisbie que sería el presidente de la delegación mexicana y yo.

Al solicitar la visa necesaria en la embajada venezolana, el embajador doctor Angarita Arvelo tuvo la gentileza de extendernosla de cortesía. El viaje lo hicimos con una escala en la ciudad de Panamá, en donde nos reunimos con los químicos de Centroamérica que asistirían al Congreso, ya que el gobierno venezolano envió un avión para trasladarnos con todas las atenciones posibles para el viaje; desde el momento que abordamos ese avión, todos nuestros gastos ya estaban cubiertos, hasta el final del Congreso que regresarían a Panamá.

Al llegar el avión al aeropuerto de Maiquetía, nos esperaban los químicos venezolanos para llevarnos al hotel, cada vehículo era precedido por dos agentes de tránsito que nos abrían el paso y otros dos iban detrás del automóvil. ¡Qué magnífica recepción nos hicieron los colegas de Venezuela! Al día siguiente de nuestra llegada, el Congreso Latinoamericano de Química fue inaugurado solemnemente por el Presidente de la República, Marcos Pérez Jiménez. Al término de la sesión inaugural, el doctor don José Lorenzo Prado, quien había sido nombrado Presidente del Congreso Latinoamericano de Química, se nos acercó a Rafael Illescas y a mí, que asistíamos como representantes de dos universidades mexicanas, para preguntarnos si aceptaríamos que México fuera sede del siguiente Congreso Latinoamericano de Química. Rafael se comunicó telefónicamente con el Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor Nabor Carrillo Flores, para comentar el compromiso al que nos enfrentábamos y solicitarle su apoyo.

Tuvimos el valor de aceptar ese compromiso, a pesar de que estábamos conscientes de los muchos y graves problemas que esto significaba, entre ellos que no era posible que lo organizáramos a nuestro nombre, ni siquiera a nombre de la universidades que representábamos, ahora era imperativo que tuviéramos una Sociedad Química de México con personalidad jurídica que pudiera organizarlo, ya que se trataba de un importante congreso internacional en el que se debería mostrar el alto nivel de los profesionales de la Química en nuestro país, y además una excelente oportunidad para la actualización en las diferentes especialidades dado el prestigio de las personalidades que se debían invitar. Cuando en el momento oportuno en la sesión de clausura, se hizo la propuesta de que

México fuera sede del siguiente Congreso Latinoamericano de Química, a celebrarse en 1959, la Asamblea la aceptó por aclamación. En esta sesión de clausura del congreso, el presidente venezolano tuvo la gentileza de enviarnos un regalo personal a cada mexicano.

La suerte estaba echada, habíamos aceptado ese compromiso y sabíamos que el primer paso era fundar nuestra sociedad de química, y que lo deberíamos hacer en cuanto regresáramos a nuestro país. Este fue el tema de nuestras frecuentes conversaciones en los últimos días del Congreso Venezolano. Terminado el Congreso, se nos llevó de regreso a Panamá, de allí aprovechamos la oportunidad de conocer algunos países de Centroamérica: Panamá, desde luego, Costa Rica, Nicaragua y Guatemala. En este viaje terminó el examen de conocimientos que me había estado haciendo Rafael Illescas desde que salimos de México. Él no me había conocido como alumna, pero sabía que tenía fama de haber sido muy estudiosa y que al terminar mis estudios profesionales se me había otorgado medalla de oro, y trataba de comprobar mis conocimientos; no perdía ocasión de hacerme preguntas capciosas. Al ir por una carretera costarricense encontramos una cerca de alambre con claras muestras de oxidación. Me preguntó: "A ver: ¿Qué compuesto químico es el de esa cerca?" Seguramente no creía que le respondería: "Óxido férrico-férrico más o menos hidratado", y comentó: "¡Ah, sí sabes!", y fue la última sesión de examen. Poco después de nuestro regreso a México, me invitó a encargarme de una cátedra, la de Farmacia Química, en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas, cátedra que había quedado vacante por jubilación de mi maestro don Eugenio Álvarez.

Fundación de la Sociedad Química de México, A.C.

Continuaron las reuniones semanales en el laboratorio de Rafael Illescas, se hacían muchos planes, se discutían muchos proyectos, se presentaban muchas ideas, pero no se llevaba a efecto la fundación de la sociedad. A principios de 1956, nos reunimos a comer en el restaurante Prendes, en el centro de la Ciudad de México, Rafael Illescas, Jorge Luis Oria y yo. Decidimos dejar de elaborar planes y ejercer una acción que fuera efectiva. Nos autonombramos Comité Organizador de la Sociedad Química de México, que sería una Asociación Civil, Rafael como presidente, Jorge Luis Oria como tesorero y yo como secretaria ejecutiva; las circunstancias ante el compromiso internacional del Congreso de Química así lo requerían. Fue el momento de ahora o nunca. Les propuse que invitáramos a todos los químicos que conocíamos, fuera personalmente, por teléfono o enviándoles un telegrama —hay que recordar que en esos años no habían asociaciones de profesionales de la Química para dirigirnos a ellas—, a una reunión en el auditorio de la Universidad Femenina de México, el 10 de abril de ese año. Aprovechando que en lo personal tenía muy buenas relaciones con los periódicos, les pedí a varios de ellos la publicación de una nota informativa de que se efectuaría esa reunión.

En mi papel de Secretaria del Comité Organizador, invité a varios maestros fundadores de la Escuela de Ciencias



Foto 1. Sexto Congreso Latinoamericano de Química. Foto tomada durante un almuerzo en honor a los asistentes del Congreso. De izq. a der.: Dr. José Lorenzo Prado, Presidente del Congreso; Srita. María del Consuelo Hidalgo y Mondragón; Sra. María del T. Velasco de Zapata y Srita. Anamaría García Larrañaga, de la delegación mexicana, y el Quím. Gerónimo Ramos Martínez. 12 de mayo de 1955.



Foto 2. Sexto Congreso Latinoamericano de Química. Delegación mexicana tomada frente al emblema del Congreso. De izq. a der.: Ing. Quím. Ricardo Delgado Carmona, Quím. María del T. Velasco Zapata, QFB María del Consuelo Hidalgo y Mondragón, Quím. Anamaría García Larrañaga, Quím. Rafael Illescas Frisbie, Presidente de la Delegación, y el Dr. Francisco Guerrero Arcocha. 13 de mayo de 1955.

Químicas, entre ellos a don Juan Manuel Noriega (don Juanito), autor de varios libros, entre ellos la *Historia de Drogas*, un ejemplar de esta obra es de los libros más valiosos en mi biblioteca, a don Ricardo Caturegli (Catu), reconocido no sólo en México, también en España, en donde entabló relaciones amistosas con los mejores maestros de Química y Farmacia, especialmente de Bromatología que era su especialidad. Don Juanito y Catu formaron parte del grupo de catedráticos que fueron quienes realmente forjaron la base para la

fundación de la Escuela de Química en la segunda década del siglo XX; al director del Instituto Politécnico Nacional, para que presidieran la sesión. La invitación fue atendida por numerosos químicos que con gran entusiasmo aceptaron inscribirse en la naciente sociedad. Citamos a una segunda reunión, algunas semanas después, esta vez en un auditorio del Instituto Politécnico Nacional y después a una tercera en el Aula Río de la Loza de la vieja Escuela de Ciencias Químicas de Tacuba, dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México. Las sedes de las tres reuniones eran una clara evidencia del interés que teníamos los organizadores de convocar a egresados de todas las carreras de química, de todas las instituciones, como en efecto ocurrió.

En la tercera reunión se eligió a la primera mesa directiva. A propuesta de Bernardo Eguía Liz quien pidió que por aclamación, no por votación, nombráramos Presidente a Rafael Illescas Frisbie. Podemos sentirnos orgullosos y satisfechos de que así haya sido. Los siguientes presidentes, Alfredo Sánchez Marroquín, Adalberto Tirado, Manuel Madrazo, etc., fueron nombrados por elección. De inmediato iniciamos la organización de conferencias científicas, cuyo principal objeto era mostrar la vivacidad de nuestra sociedad, invitando para ellas a miembros connotados de nuestro mundo intelectual. Se nos prestó la casa que alberga el Museo de Geología, bello edificio situado enfrente de la Alameda de Santa María, propiedad de la Universidad Nacional. Durante muchos años ahí estuvo la sede de la Sociedad Química de México, A.C. ¡Qué trabajo tan arduo fue el lograr la asistencia a estas conferencias! Era imprescindible fortalecer el interés de nuestros colegas por mejorar su formación profesional. En varias ocasiones tuvimos que dar una disculpa al conferenciante porque éramos muy pocos los que habíamos asistido, viéndonos obligados a posponer para otra fecha esa conferencia. Pero poco a poco y dado el tesón de quienes estábamos empeñados en esta labor, empezamos a crecer.

Éramos las mismas personas que nos reuníamos con cierta frecuencia: Rafael Illescas, Manuel Madrazo, Guillermo Cortina, José Ignacio Bolívar, Alfonso Bernal, María del Consuelo Hidalgo; los mismos químicos interesados en el desarrollo de la Química a nivel nacional y todos éramos maestros convencidos del valor de una buena formación profesional. En 1957 tuvimos, en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, el primer encuentro de lo que más adelante sería el Consejo Nacional para la Enseñanza de la Química. Decidimos que este Consejo, uno de cuyos objetivos era promover el desarrollo e incrementar la eficiencia educacional de las escuelas de Química en todas sus ramas de todos los centros de enseñanza del país, celebrara esas reuniones anuales en alguna institución que estuviera fuera de la ciudad de México, lo que fortalecería a esa institución. Estábamos convencidos de la importancia de que aquellos jóvenes deseosos de formarse como profesionales de la Química pudieran lograrlo en el estado en el cual vivían, sin necesidad de emigrar lejos de su familia y del sitio en el que probablemente iban a ejercer esa profesión. Los frutos de este Consejo fueron muy buenos, podemos estar contentos de los logros obtenidos, ya que uno de sus resultados fue la

intercomunicación entre maestros de todas las entidades de la República, el intercambio de ideas, el mejoramiento al discutir entre todos los planes y programas de estudio. Este Consejo trabajó durante veintitantos años y debemos decir que nunca debió haber dejado de existir. Un hecho relevante fue que muchas veces quienes participábamos en las discusiones diferíamos de opinión respecto a algún tópico y argumentábamos con gran vehemencia, pero siempre conservamos una leal y sincera amistad entre todos.

Mientras tanto, avanzábamos en la organización del Séptimo Congreso Latinoamericano de Química, labor que no fue nada fácil. El desarrollo económico que el gobierno del Lic. Miguel Alemán había dado al país se veía frenado por la falta de visión del Lic. Adolfo Ruiz Cortines; a pesar de ello, pudimos lograr el financiamiento conveniente y lograr el éxito del Congreso, el cual se realizó del 29 de marzo al 3 de abril de 1959 [&]. Hay que reconocer la capacidad de trabajo y el empeño puesto por algunos miembros del Comité Organizador, de Manuel Madrazo Garamendi, de José Ignacio Bolívar, de Alfonso Bernal, quienes trabajaron sin descanso cuidando todos los detalles. Sólo quien han participado en la organización de una reunión internacional sabe todos los trabajos que son necesarios para lograr la satisfacción de todos los que asistan a ese evento, en cuanto a nivel académico de las conferencias, importancia de los trabajos que se presentan, de la relevancia de los invitados especiales del país y del extranjero; de una transportación y alojamiento convenientes, de los actos sociales, de la posibilidad de conocer la ciudad sede del congreso y de asistir a festejos y a espectáculos preparados para el halago de los congresistas y sus acompañantes. No creo que nadie pudiera pedir más de nuestro Congreso Latinoamericano de Química. También se organizó la Primera Exposición Internacional de Química en México, del 13 de marzo al 5 de abril del mismo año. En la iniciación del Congreso tuvimos una recepción en el Castillo de Chapultepec, pudimos asistir a una función de teatro en un lugar de ensueño, el patio del Colegio de las Vizcaínas, una de las muchas joyas arquitectónicas que hay en México, en donde había una temporada de teatro clásico español de Álvaro Custodio que tenía lugar al aire libre; en esa ocasión se presentó el Alcalde de Zalamea. La sillería estaba en el patio y parte del escenario estaba formado por ese edificio colonial. Nuestros invitados extranjeros creyeron que el espectáculo había sido organizado especialmente para el Congreso, muy grande fue su sorpresa cuando les aclaramos que no era así, que sólo habíamos comprado todo el boletaje de una función, pero que ese espectáculo estaba abierto al público. Los profesionales mexicanos de las distintas ramas de la Química nos esmeramos en agasajar a los asistentes al

Congreso, invitándolos a visitar la ciudad, a conocer algunos de sus templos y edificios más interesantes, a visitar nuestra entonces nueva Ciudad Universitaria, de la que nos sentíamos orgullosos y que apenas dos años antes habían ocupado las diferentes escuelas y facultades universitarias, los varios institutos de investigación, todo aquello que les pudiera ser interesante. El Congreso tuvo éxito, no solo en lo académico y profesional así como en el aspecto social, sino en lo económico. Nos dejó una buena ganancia, que acertadamente nos duró muy poco, ya que Manuel Madrazo Garamendi aprovechó sus buenas relaciones con el Instituto Francés de América Latina y por su conducto invitó a profesores franceses a dictar series de conferencias, en realidad cursos intensivos de las materias de su especialidad. Entre ellos pudimos oír al profesor Charlot sobre Análisis Químico, curso que nos fue de gran provecho a quienes lo tomamos. Vino el profesor Champetier y dictó un curso, que a mí en lo particular me fue de gran provecho pues era referente a la asignatura de Farmacia Química, que era la que yo tenía a mi cargo en la Escuela Nacional de Ciencias Químicas. ¡Qué magnífica forma de usar los recursos!

Algunos comentarios

La Sociedad Química de México, A.C., ya estaba cumpliendo el objetivo para el cual la fundamos, que no era únicamente encargarse de la organización de eventos, sino el de servir a México y a la sociedad mexicana mejorando la preparación y el desempeño profesional de los químicos mexicanos. Como un estímulo a quienes destacaban en alguno de los campos de la Química, se instituyó el “Premio Nacional de Química Andrés Manuel del Río” para concederlo cada año en una ceremonia solemne.

Desafortunadamente, empezó a instituirse el procedimiento de que quien era un posible candidato a recibirlo sometiera a revisión su currículum vitae detallado y comprobar mediante documentos cada uno de los méritos que declara que tiene, sean estudios, distinciones recibidas, conferencias dictadas, artículos publicados, trabajos de investigación realizados, etc. Es como si no se tuviera confianza en su honestidad y se le solicita comprobación de todo. Además, se solicita ese currículum de modo que destaque la forma más que el contenido; se busca que la presentación sea muy ostentosa y despierte el reconocimiento. Opino que si se considera que alguien es candidato a recibir un premio, se debe a que se le conoce y se sabe que su labor es reconocida en su medio profesional; no creo que se dé el caso de que alguien que no ha destacado mucho en el medio presente su solicitud.

En determinado momento, cuando la Sociedad Química de México estaba presidida por Manuel Ulacia, se me pidió que enviara mi currículum para considerar mi candidatura. Yo tenía muchas cosas más importantes en las cuales trabajar, como era atender a mis alumnos en turno, ya fuera para la cátedra cotidiana o para asesorarlos en sus tesis o a escuchar sus problemas fueran de índole personal o académica, labores

[&] *Nota Editorial.* El programa general y los resúmenes de los trabajos presentados en el VII Congreso Latinoamericano de Química fueron publicados en la *Revista de la Sociedad Química de México* 1959, 3, Números 1, 2, 3. Las versiones completas de algunos trabajos científicos presentados se publicaron en números posteriores de la propia revista.



Foto 3. Sexto Congreso Latinoamericano de Química. Aspecto del almuerzo ofrecido por el Dr. Silvio Gutiérrez, Ministro de Fomento, en honor a los asistentes al Congreso.



Foto 4. QFB María del Consuelo Hidalgo y Mondragón recibiendo el Premio Nacional de Ciencias Farmacéuticas “Leopoldo Río de la Loza” 1981 de manos del Presidente de la República, Lic. José López Portillo. 15 de abril de 1982 en el Salón Carranza de Los Pinos.

que absorbían todo mi tiempo y no podía desperdiciarlo en preparar un documento atractivo, por lo cual envié un resumen muy escueto de los estudios que había hecho, de los varios libros que había publicado, mencioné algunas de las distinciones recibidas y los cargos desempeñados. Lo escueto del documento hizo que no se me diera el premio y se me reprochó lo que se creyó era exceso de humildad; en realidad era la falta de tiempo para presentar el currículo en forma más atractiva, pero no me preocupó nada que no se me haya otorgado, lo que he hecho ha sido para servir a mi país, honrar a las universidades en las que he tenido el honor y el privilegio de ejercer la docencia y dar la mejor enseñanza posible a mis alumnos. Francamente, el objeto de mi vida profesional fueron ellos, mis alumnos, y no el llenar paredes con diplomas y reconocimientos.

Conclusión

Estoy segura que quienes nos esforzamos por fundar la Sociedad Química de México, A.C., con el propósito de servir a México buscando la mejor preparación y desempeño profesional de quienes se dedican a la Química en cualquiera de sus especialidades, cumplimos con esa misión, pero ahora que nuestra Sociedad tiene diez lustros de fundada debemos preguntar: ¿la Sociedad Química de México, A.C. ha cumplido con el objetivo para el cual la fundamos? La respuesta la deben dar quienes ahora son las nuevas generaciones de químicos, quienes ahora tienen en sus manos el desarrollo de esta actividad. Hay varios retos que quiero recalcar y pedirles que los afronten para que esta nuestra Sociedad justifique su existencia.

- * La Química es la ciencia central de muchas otras, por caso, hoy no se puede ser biólogo sin un conocimiento amplio y profundo de la Química, no se puede ser médico sin un conocimiento cabal de la Farmacología, y ésta no se puede comprender si no se tienen conocimientos suficientes de Química, no se puede hablar de Agricultura, de Genética, de Inmunología, de Investigación Forense, etc., si no se conoce la Química. A pesar de ello, los jóvenes parecen haber perdido el interés por esta profesión y ha disminuido sensiblemente la matrícula en las distintas carreras de Química. ¿No somos capaces de despertar ese interés?
- * No hemos podido influir en las autoridades encargadas de la educación secundaria para que el programa de enseñanza de la Química a este nivel sea el conveniente. El programa vigente es poco interesante, limitado e incompleto, de un nivel académico bajo. Quienes egresan de secundaria salen con pocos conocimientos de Química.
- * Se han puesto de moda carreras relacionadas con Química de Alimentos que no cumplen cabalmente con la enseñanza del mejoramiento de la calidad nutricional. Es común que ahora se expendan productos que parecen estar hechos a base de carne sea de res, de cerdo, de alguna ave y que en realidad se preparan a partir de proteínas vegetales de menor calidad nutricional, dándoles textura para que den la idea de que son de carne, sin advertir al consumidor de este hecho, lo que constituye un engaño. ¿Cuántos productos que imitan ser angulas, camarones, o de diversos mariscos son preparados con otras materias primas distintas? La leche que se consume ha sido privada de la caseína, indispensable para la nutrición de los niños, sustituyéndola con alguna proteína vegetal que carece de la actividad fijadora de calcio en los huesos. La lista sería interminable. Esto no significa una buena aplicación de la Química debido a la falta de ética.
- * La industria química que existe en el país no produce su tecnología propia por falta de interés y compro-

miso de quienes la manejan, se ha convertido en una industria maquiladora de tecnología extranjera.

- * Cierta industria químico farmacéutica toma parte activa en la corrupción que a nivel mundial se observa. No se dedica a producir medicamentos que mejoren o ayuden a la recuperación de la salud para disfrutar de una vida mejor, algunas producen sustancias que destruyen la vida evitando la concepción y el desarrollo intrauterino de los bebés. Es mejor negocio evitar la vida sin considerar el aspecto moral ni las consecuencias sociales de ello, que esforzarse por erradicar enfermedades que siguen asolando a la humanidad. La ambición económica desmedida de algunas empresas ha causado este deterioro de la industria farmacéutica en todo el mundo.
- * Los químicos mexicanos no poseen mecanismos para hacer acto de presencia para resolver problemas sociales que son de su competencia profesional. Todas las profesiones deben ejercerse para servir a la sociedad, no para adquirir estatus social y económico. Cuando el Jefe de Gobierno de la Ciudad de México eliminó la obligatoriedad de los exámenes prenupcia-

les, ninguna de las sociedades profesionales afectadas dijo una sola palabra. Personalmente, me comuniqué con quienes dirigen estas asociaciones para hacerles ver que es ahora cuando son más necesarias esas pruebas, ya que hoy las enfermedades de transmisión sexual son más numerosas y graves que lo eran hace pocos años. Sin embargo, no hicieron acto de presencia. No reclamaron el derecho de la sociedad a cuidar de la salud.

Son muchos los retos y quiero aprovechar este aniversario de la Sociedad Química de México, A.C. para hacer una excitativa a quienes tienen el privilegio de ejercer esta noble profesión, que tienen el privilegio de haber aprendido a desentrañar y entender muchos de los misterios de la naturaleza íntima de la materia, a que tomen conciencia de la importancia de su papel social.

Además, quiero expresar mi profundo agradecimiento a quienes me pidieron que escribiera estas notas; al hacerlo recordé una interesante época de mi vida y sobre todo a grandes amigos que me brindaron algo muy valioso, su estimación y su amistad.